

## CREATIVIDAD Y ESPONTANEIDAD EN LA LITURGIA<sup>23</sup>

### El gusto del cambio

Es sorprendente notar la necesidad de creación y de espontaneidad en la Iglesia católica romana de hoy. En efecto, durante muchos siglos, por ejemplo, la liturgia romana no conoció sino una sola oración eucarística, matizada por unos quince prefacios propios. Desde hace algunos años, los sacerdotes tienen 4 cánones a elección y el misal contiene 82 magníficos prefacios, sin contar los innumerables formularios de oraciones propias, las lecturas muy variadas, las misas votivas o rituales. Se tiene la impresión que esta inmensa riqueza de textos adaptados a toda circunstancia, en lugar de satisfacer las diversas necesidades no hacen sino provocar el gusto del cambio por el cambio, enfermedad de nuestro tiempo. ¿Seríamos también en esto víctimas de la sociedad de consumo?.

### La creatividad: excesos y límites

Tratemos de definir y delimitar esta necesidad litúrgica moderna. Si comprendo bien, algunos desearían que fuera dejado a cada sacerdote la posibilidad de crear de antemano o aun de improvisar en el momento mismo, oraciones, prefacios, oraciones eucarísticas, quizás de sustituir las lecturas bíblicas por un trozo de algún autor moderno, más aún, por un artículo del periódico. El protestantismo, aun el más liberal, nunca llegó a tales excesos.

Entre los profetas de la creatividad espontánea todos no llegan a tal extremo, felizmente. Algunos desearían poder dejar, de tiempo en tiempo, la liturgia propuesta para hacer que el texto sea más actual y más impactante para el hombre de hoy. No se contentan con los lugares previstos por la liturgia en que la creación y la actualización son legítimas, como lo ha recordado la carta del 27 de abril de 1973 de la Congregación para el Culto Divino, "Eucharistiae participationem": la introducción a la celebración, la monición del acto penitencial, la introducción a las lecturas, la homilía, la oración universal, la introducción a la oración eucarística antes del prefacio, la monición del Padre nuestro, la conclusión de la misa.

Según la disciplina de la Iglesia, hay, entonces, ocho momentos en la liturgia eucarística en los que pueden tener lugar la creación y la actualización. Esto me parece ya muy importante. ¿Qué más se puede pretender sin caer en una locuacidad aburrida y cansadora? Por mi parte, estoy seguro que muchos fieles preferirían más momentos de silencio, en los que ellos tendrían la posibilidad de una creación interior, más bien que incesantes exhortaciones, oraciones fabricadas y difíciles de seguir, homilías-discursos que no terminan nunca y hacen pensar en un avión que da vueltas y vueltas por encima de las nubes buscando un campo de aterrizaje.

Los cristianos de hoy tienen sed de oración sobria y de contemplación auténtica, y la liturgia simple propuesta por la Iglesia, rodeada de silencio, se los procurará mucho mejor que todas las creaciones clericales de celebrantes individualistas, más preocupados de hacer pasar sus ideas personales que de ayudar a sus hermanos a mirar el rostro de Cristo crucificado y resucitado.

---

<sup>23</sup> De *Notitiae*, abril 1978. Reproducimos aquí la última parte del capítulo sobre el sacrificio eucarístico del libro Tradición y renovación en el Espíritu de Max Thurian. Se podrá apreciar la mirada lúcida que arroja, con simpatía y competencia, un observador con ideas claras sobre algunos problemas litúrgicos de la Iglesia romana, como también lo acertado de las soluciones que propone para ciertas dificultades actuales. Tradujo: P. Gabriel Guarda, osb. Monasterio de la Ssma. Trinidad. Las Condes – Chile.

## Textos fijos y moniciones libres

Hablamos ahora, no de los lugares de la liturgia en donde la disciplina permite la creación, sino de aquellos en donde está ordenado utilizar los textos propuestos: oraciones, prefacios, canon u oración eucarística, por ejemplo. Para poder crear en estos terrenos, sería necesario una formación teológica y litúrgica muy segura. En efecto, connotan una estructura precisa y transmiten una doctrina que no se puede inventar de una manera individualista.

Tomemos, por ejemplo, el canon u oración eucarística; el canon tiene su estilo y se construye según un modelo necesario a la fe eucarística, que no permite crear otros formularios que no sean los que tenemos en la actualidad. Es necesaria una acción de gracias por el estilo de la *berakah* judía, bendición por todas las maravillas de Dios: ¿quién podría crear mejor que los 82 prefacios actuales? La *epiclesis* consecratoria no puede variar mucho. La institución debe ser siempre semejante para que se la pueda decir de memoria. La *anamnesis* cita los acontecimientos del misterio de Jesucristo. La oblación une la ofrenda de la Iglesia al único sacrificio del Salvador, presentado como memorial. La *epiclesis* sobre la Iglesia se desarrolla en las intercesiones que desembocan en la doxología final. Esta estructura necesaria limita naturalmente los formularios.

La creación en las oraciones, los prefacios y los cánones sería el privilegio de sacerdotes bien formados. Habría, entonces, un corto número de especialistas que tendrían el don de la creación, tendríamos una élite de liturgos. ¿Y los otros, todos los otros? Tendrían que contentarse con los textos oficiales. Estos textos serían considerados como un mal menor apto para aquellos que no tienen el don de la creatividad y de la espontaneidad. ¡Curiosa concepción de la liturgia de la Iglesia! O entonces todos los sacerdotes, bien o mal, ensayarían de crear sus propias oraciones adaptadas a sus comunidades, y veríamos cómo se degrada la liturgia para convertirse en palabrería piadosa sin solidez doctrinal y sin carácter universal.

## Caracteres de la liturgia

Una de las funciones de la liturgia es la edificación de la comunidad cristiana en Iglesia, Cuerpo de Cristo.

La liturgia tiene carácter formador. Por la liturgia, la Iglesia transmite el Evangelio de Cristo en toda su riqueza y diversidad. La liturgia es una de las formas de la tradición viva, mediante la cual la Palabra de Dios es comunicada a los hombres para transformarlos. Una creación individual limita necesariamente la doctrina a algunos temas preferidos del “creador liturgo”. Tal sacerdote dirá siempre “liberación” cuando encuentra la palabra “salvación” o “redención”; se puede comprender siempre que no limite la obra de Dios al bienestar terrestre de los hombres. Otro evitará “los ángeles” o la “gloria” de Dios, para hablar casi exclusivamente de la “pobreza” o de la “debilidad” del Hijo del hombre a quien llamará nuestro “hermano” mas bien que “nuestro Señor”. Y así se podría alargar la lista. ¿Quién no ve en todo esto un empobrecimiento del mensaje bíblico?

La liturgia tiene carácter comunitario, es la acción de un pueblo. Los textos madurados por la experiencia de toda la Iglesia, que se ha alimentado con la Palabra de Dios a través de los siglos, son portadores de una savia vivificante apta para hacer crecer la comunidad cristiana. La liturgia representa una experiencia única de oración contemplativa del pueblo de Dios, experiencia que nadie puede arrebatar a los miembros de la Iglesia. La creación personal de un celebrante es a veces una manera de despojar a los fieles de una herencia a la que tienen derecho porque es el derecho de su familia, la Iglesia universal, la comunión de los santos. Estos problemas de creación litúrgica son, con frecuencia, un problema de los celebrantes más bien que una necesidad comunitaria. Hay una forma de clericalismo en la libertad que se toman ciertos celebrantes con la liturgia del pueblo de Dios. Muchos cristianos podrían decir: “estos asuntos litúrgicos no nos interesan, son problemas que se plantean los sacerdotes; lo que nosotros queremos es participar en una oración auténticamente vivida por una

comunidad y un sacerdote que crean lo que dicen y lo manifiesten”. Es respetar al pueblo de Dios, transmitirle la experiencia siempre viva de los santos que han vivido en la amistad de Cristo, herencia a la que tienen derecho y que lo hará vivir más auténticamente que las pequeñas experiencias personales de tal o cual.

La liturgia tiene carácter contemplativo. Orienta la mirada y el corazón hacia el rostro de Cristo; se esfuerza más en pintar y representar que en explicar o razonar. Ahora bien, las creaciones son, en la mayoría de los casos, didácticas; porque se cree que una oración es pobre en substancia, se la recarga con consideraciones explicativas o didácticas. La oración entonces, en lugar de reunir a la comunidad orientándola a la contemplación de Dios, propone una reflexión más o menos bien construida, que repliega al fiel sobre sí mismo en lugar de abrirlo hacia lo trascendente. El protestantismo liberal vio florecer (si se puede decir) estas oraciones didácticas y moralizantes en las que se hablaba más a los hombres y a sí mismo que a Dios. Yo he oído a veces oraciones que seguían a la homilía, en las que todo lo que ya había sido dicho, era retomado en otro estilo; es como si la predicación debe ser repetida una segunda vez bajo forma de oración que se la llamaba, desgraciadamente con mucha propiedad, “oración de abundancia”. Inútil decir que esas oraciones que pretenden ser espontáneas, expresaban las opiniones teológicas, políticas o sociales del pastor y no transmitían la substancia del Evangelio. En lugar de rezar, los fieles escuchaban esas elevaciones espirituales preguntándose qué tendencia querían expresar.

La liturgia tiene carácter universal. Es la oración católica por excelencia. El hecho de someter su espíritu y su corazón a un texto que es rezado por numerosos cristianos, en Iglesias muy diversas a través del mundo, constituye un vínculo ecuménico de la oración que consolida la unidad del Cuerpo de Cristo.

### **Las desviaciones de la oración**

Una enfermedad frecuente en nuestros días es la necesidad *del cambio por el cambio*. A menudo se cree que la vida de la oración se manifestará mejor si se cambian constantemente los textos. Pues bien, este cambio constante produce más distracción que espíritu de oración. El verdadero cambio que aprovecha es el del corazón. Es necesario que en cada liturgia el ser se convierta y se disponga a acoger la Palabra de Dios y de la tradición viva de la Iglesia. Este es el sentido de la invitación: “Levantemos el corazón” y de la respuesta: “Lo tenemos levantado hacia el Señor”. Si el celebrante vive en profundidad esta *metanoia*, esta conversión de su corazón, dirá la oración de la Iglesia de una manera siempre nueva; la cambiará desde el interior, sin modificar la letra; la llenará de espíritu, del santo Espíritu Creador.

Hay, además, en nuestros días otra desviación: la desconfianza frente a la doctrina recibida de la Iglesia. Se quisiera comenzar de nuevo Pentecostés, retomar la tradición de cero. Ahora bien, estamos insertados en una sucesión de fe y de oración que la liturgia nos trasmite en toda su pureza. Mas que nunca tenemos necesidad del “sentido de la Iglesia” para mantenernos fieles en la fe. Nos esperan tantos trabajos en este mundo, que muere por no estar alimentado por el Evangelio, que no podemos perder en vano nuestro tiempo en rehacer la fe de la Iglesia. Esta, transmitida por la liturgia, fortifica y libera nuestro espíritu, que puede entregarse entonces a exigencias más urgentes, en el compromiso al servicio de los hombres.

Una tercera desviación de la oración es la opinión de que el diálogo entre cristianos es ya de por sí una oración. La liturgia consistirá, entonces, en compartir el evangelio en el que, con frecuencia, los hombres contemplan sus vidas, pero no las entregan a Dios en la adoración e intercesión. Una oración tal gira alrededor y nunca será liberadora.

Finalmente, nuestra época, tan crítica para con el lenguaje, confía demasiado en las palabras, olvidando que en el terreno de Dios las palabras son siempre simbólicas, y que ellas orientan el corazón hacia lo inefable, sin jamás lograr comprenderlo totalmente. ¿Para qué perder el tiempo

corrigiendo continuamente los textos litúrgicos, cuando las palabras serán siempre una aproximación y deberán ser superadas en la contemplación? Esto no se aplica a la hermosa reforma de los textos litúrgicos realizada últimamente. Pero se puede decir que el esfuerzo máximo para nuestro tiempo ya ha sido hecho y que ahora se trata de vivir plenamente sus resultados. La multiplicación de creaciones para corregir el texto recibido, da la impresión de simple palabrería; un exceso de palabras ahoga lo esencial. Todo se vuelve monocorde, sin esa feliz diversificación de estilo que ofrece la liturgia actual con tanto acierto.

### **Las ventajas de una buena monición**

La ventaja de la monición, libremente creada pero bien preparada, estriba en que llama la atención antes del acto litúrgico, preparándolo e interpretándolo antes de que se produzca. La modificación del texto de la oración, al contrario, produce una distracción del espíritu que desea encontrar las razones del cambio: ¿por qué el sacerdote ha dicho eso? ¿qué intención ha tenido? ¿pretende modificar la doctrina de la Iglesia? Todo esto no favorece en lo más mínimo la contemplación.

Una introducción o una monición bien hecha, de acuerdo con la intención del texto litúrgico que sigue, es un llamado a meditar sobre lo que la comunidad está realizando delante de Dios; conviene que sea seguida por un momento de silencio, después del cual el texto litúrgico, rezado con tranquilidad e inteligencia, tomará todo su relieve. Ya dijimos que la disciplina litúrgica actual prevé seis creaciones posibles de moniciones: al principio de la misa, en el acto penitencial, antes de las lecturas, antes del prefacio, antes del Padre nuestro y en la conclusión de la misa. Quien pretendiera hacer más, o aún utilizar todas estas posibilidades, ahogaría la celebración en un mar de palabras humanas y cansadoras. No se puede excluir que durante una oración, un prefacio o un memento, el celebrante sienta la necesidad de introducir una breve interpolación. Respeta el texto litúrgico, pero, en el conjunto de su significado, inserta una frase que pone de relieve un aspecto particular...

Pero conviene tener siempre en mente lo que resume el problema de la creatividad y de la espontaneidad en la liturgia. La verdadera espontaneidad, la verdadera creatividad en una celebración consiste en prepararse bien para hacer vivir un texto, dando espíritu a la letra de la liturgia. Una orquesta y una solista no crean de nuevo un concierto, ejecutado quizás, decenas de veces; se preparan durante mucho tiempo para darle vida, y es precisamente la interpretación, fiel al texto, pero viva por el corazón y el espíritu, la que expresa su espontaneidad y creatividad.

*Taize  
Francia*